

## Los Siete y sus familiares no descansan en La Paz



Foto: El Heraldo

*Se cumplen 18 años de la desaparición de un grupo de investigadores del CTI de Valledupar a manos de un grupo paramilitar, el 9 de marzo del año 2000. Un oscuro capítulo en la vida de siete familias que se resisten a olvidar el trágico suceso que los mantiene afligidos.*

Por: **Álvaro Alejandro Gámez Peñaranda**

El 12 de marzo del 2000, a eso de las seis de la tarde cuando el sol se oculta, Karina Saavedra y otras seis mujeres, todas familiares de siete agentes investigadores del CTI que habían desaparecido hacía 72 horas al norte del departamento del Cesar, le rogaban de rodillas y con el rostro empapado de lágrimas al máximo jefe paramilitar, Carlos Castaño, por la suerte de sus esposos. Él, con su inconfundible voz alta y rasgada respondía: “*No sé de lo que me hablan*”, enmarcado en un tono de frialdad y cinismo. Esa respuesta en lugar de brindar una luz de esperanza rompía el corazón en mil pedazos y, de paso, creaba una terrible enfermedad llamada incertidumbre que solo se cura con la cruda verdad. La cita que estas mujeres habían logrado con Castaño, luego de que algunos hacendados conocidos facilitaran la reunión, no había servido para nada más que atizar el dolor.

La desaparición de un vendedor de paletas llamado Alcides Tiburcio Rivera Palencia, quien fue reportado como desaparecido el 15 de octubre de 1999 en el municipio de La Paz, y que había sido asesinado por el grupo paramilitar que controlaba la zona, obligó a que los funcionarios del Cuerpo Técnico de Investigación Seccional Valledupar (CTI) enviaran a

siete de sus agentes investigadores a realizar labores de exhumación al lugar donde reposaba el cuerpo de Alcides. En ese momento se tenía conocimiento, por rumores de los 'paras', que el occiso yacía en una fosa de la hacienda La Holanda, ubicada en el mismo municipio, al nororiente del departamento del Cesar, a 12 kilómetros de la capital, Valledupar. Lo que no sabían era que, desafortunadamente, allí encontrarían su propia tumba junto a Alcides.

Una de las grandes ironías de esta trágica historia es que se desarrolle en un lugar llamado La Paz. El departamento de Cesar fue un bastión paramilitar en las décadas de los noventa y dos mil. Allí reinaba el Bloque Norte bajo el mando de un temido comandante llamado Rodrigo Tovar Pupo, más conocido con el alias de 'Jorge 40', quien luego de la desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), el 10 de marzo de 2006, fue excluido del proceso de Justicia y Paz por no reconocer sus crímenes y por no decir la verdad a las víctimas; hoy, está recluido en una prisión de máxima seguridad en Estados Unidos por narcotráfico.

En ese momento, La Paz contaba con cerca de 15.000 pobladores, la mayoría dedicados al contrabando de gasolina, los llamados 'pimpineros'. Ellos aprovechaban su cercanía fronteriza con Venezuela para crear trochas ilegales por donde sacaban el combustible. Hoy, ya no se ven 'pimpineros' en las carreteras, pues la población decidió apostarle a la ganadería, a la agricultura con el café y el cacao, y al turismo gracias a su ubicación estratégica; paso obligatorio hacia la Guajira desde cualquier parte del país y la troncal de oriente que atraviesa su territorio con destino a la Costa Atlántica. Las carreteras se ven llenas de vendedores de almojábanas y "fritos", como la arepa de huevo, en lugar de contrabandistas. La brisa refrescante que llega junto al río Cesar y los 27 grados de temperatura son constantes, así como sus populares parrandas en las plazas del pueblo que van hasta la madrugada. El vallenato es tan importante allí que en una de las fiestas de enero se dio a conocer Jorge Oñate, apodado 'el Ruiseñor del Cesar', y considerado como uno de los cantantes más emblemáticos de la música vallenata. La Paz sufrió los duros golpes de la guerra entre paramilitares y guerrilla, pero con dignidad se levantó de las cenizas y ahora construye su presente con una población que ronda los 25.000, dándole paso a una nueva generación que intenta vivir la paz de su nombre.

Las AUC asesinaban personas por rumores de colaboración con la guerrilla, lo hacían para amedrentar a la población cercana y dar un mensaje contundente de quiénes eran los que mandaban. Por ejemplo, al vendedor de paletas, Alcides Rivera, lo acusaron de ser colaborador de las Farc y así encontró la muerte. Años después, en una diligencia del proceso de Justicia y Paz, en la que los paramilitares desmovilizados debían contar la verdad de sus actos, John Jairo Esquivel Cuadrado, alias 'El Tigre', quien lideraba el grupo de los 'paras' en La Paz y los municipios aledaños, aceptó su participación en el crimen de Los Siete y confesó quiénes habían ultimado a los agentes del CTI, dando paso a órdenes de captura por parte de la Fiscalía General en contra de los autores materiales del crimen.

## Confesión

A Karina Saavedra, viuda de Jaime Barros Ovalle, la vida le puso pruebas difíciles de superar. La primera, cuando se enteró de la desaparición de su esposo. La segunda, cuando tuvo que pedirle de rodillas a Carlos Castaño que le dijera dónde tenían a Jaime. Y se venía la tercera prueba. Siete años después de la desaparición de su esposo, un día que ella prefiere olvidar, en marzo de 2007, se instauró una audiencia libre para que los desmovilizados de las autodefensas que operaron la zona declararan y respondieran a las víctimas por sus delitos. La diligencia se llevaría a cabo en Barranquilla. Allí, con gran dolor, asistieron Karina y los demás familiares de los desaparecidos.

Con total frialdad y desparpajo, alias 'El Tigre' finalmente confesó ante el llanto desconsolado de las víctimas y la Fiscalía lo que por siete largos años esperaron conocer: la verdad. *"Nosotros sí secuestramos y posteriormente asesinamos a los siete investigadores del CTI en marzo del 2000. Pero la orden no la di yo, esa fue una orden directa del comandante Carlos Castaño Gil"*, declaró. La siguiente pregunta del fiscal encargado parecía obvia: *¿Por qué los asesinaron?* 'El Tigre', sin dudar, respondió que Carlos Castaño los había mandado matar *"por sospecha de que eran colaboradores de la guerrilla"*. Karina, aunque desconsolada por la confesión, aguardaba sentada en el recinto a la espera de más respuestas. John Jairo Esquivel con réplicas cortas frente a las preguntas del fiscal dijo: *"Gorgojo, la Mona, Kevin, Guerrero, el Paisa, Martín y Guajiro los asesinaron con tiros de gracia"*. Se escucharon sollozos. Seguiría lo más esperado: la ubicación de los cadáveres. Según la versión de 'El Tigre' los cuerpos fueron enterrados *"cerquita del río para que la creciente se los llevara cuando lloviera"*, refiriéndose a las orillas del río Cesar.

Karina Saavedra saldría de la audiencia con un sinsabor, con la sensación de paz a medias. Por un lado, finalmente supo que su esposo había sido asesinado por órdenes de Carlos Castaño y que había sido enterrado en una fosa a las orillas de un río, lo cual le dio a entender que Castaño siempre le mintió. Sin embargo, aún quedaban preguntas por responder, como *¿dónde están los cuerpos?*, *¿qué harán con los sindicatos?*, *¿quién más participó del crimen?*, *¿fue esa verdaderamente la razón para asesinarlos?* Luego de varios años, los familiares al menos veían una luz de justicia y eso era algo que apreciaban.

Las audiencias libres continuaron varios meses porque los crímenes de las autodefensas en el departamento de Valledupar superaron los miles. El trabajo de la Fiscalía y el CTI en la exhumación de cadáveres por distintas zonas se intensificó. Alias 'El Tigre' había entregado coordenadas aproximadas de donde Los Siete podrían estar. No obstante, la información parecía ser imprecisa. Luego de más de 100 excavaciones en las orillas del río Cesar y en sus desembocaduras, los investigadores se resignaron a no encontrarlos y continuaron con otros casos. *"Es como si la tierra se los hubiera tragado"*, decían algunos funcionarios que ayudaron en la búsqueda. *"Tienen que estar en algún sitio, confío en que los encontraremos"*, respondía Karina, con la esperanza intacta, aunque consciente por

dentro de que, tal vez, nunca podría darles cristiana sepultura a los restos de su amado esposo.

En julio del mismo año, en audiencia libre de Justicia y Paz, alias 'Jorge 40' confesó saber del asesinato de los siete agentes del CTI y aceptó estar a cargo del grupo que dirigía 'El Tigre'. Su versión coincidió con la de Esquivel, al decir que Castaño había sido el autor intelectual del crimen. La contradicción surgió cuando dio la razón, pues afirmó que *"Carlos (Castaño) se había propuesto atacar a la Fiscalía y darles un golpe"*. Para Karina, las versiones de los 'paras' eran confusas y se contradecían en ocasiones. Pero al menos había algo de justicia en un país con los más altos índices de impunidad –según el Índice Global de Impunidad (IGI), en 2017 Colombia ocupó el octavo lugar en una lista de 69 países miembros de la ONU que participan del estudio–. Alias 'El Tigre', 'Jorge 40' y los autores materiales fueron condenados por este crimen. Sin embargo, hay que decir que Rodrigo Tovar Pupo está en la cárcel en Estados Unidos por narcotráfico y no ha pagado por los otros crímenes cometidos en Colombia.

### **Una nueva versión**

Comenzaba 2014, se acabaron los testimonios y las búsquedas, ya no se hablaba del tema en la casa de Karina Saavedra. Mas en su corazón persistía la incertidumbre de lo sucedido con su esposo Jaime. Un día, viajó con su hija a una feria ganadera en Valledupar, allí se encontraría con familiares y amigos para ver las distintas exposiciones.

Un amigo de Karina le presentó a un conocido que asistía al evento, él se hacía llamar Aníbal. Coincidirían después en otras reuniones.

Aníbal se dedicaba en ese momento a comerciar con ganado en la región y así fue como conoció a ganaderos de gran parte de Valledupar. Se preocupaba siempre de hacer bien los negocios con sus clientes porque su pasado podía ahuyentarlos. Aníbal fue paramilitar bajo el mando de alias 'Tolemaida', un comandante que ocupó varias zonas del departamento del Cesar.

Luego de cerrar la venta de ganado, los comerciantes acostumbran a beber whisky. En uno de esos días de feria ganadera, a Aníbal le contaron la historia de Los Siete. Él conoció dentro de la organización lo que había pasado, aunque nunca participó, pues se encontraba en otro grupo. Se acercó al amigo de Karina y, mientras compartían unos vasos de whisky con hielo, le contó su pasado y le dijo que deseaba contarles lo que sabía a los familiares. El amigo de Karina propició el encuentro en su finca, un día del mes de agosto de 2014, a eso del mediodía. Ella, por su parte, no tenía idea de qué se trataba la reunión, aun así asistió. *"Yo sí fui paramilitar, porque en ese momento me reclutaron, la verdad nunca quise serlo, pero, ajá, me tocó y ya pagué por lo que hice. Estoy rehaciendo mi vida de cero y tratando de vivir en paz"*, le dijo Aníbal a Karina, en un rudo intento por explicarle que él quería ayudarle con su testimonio. Ella escuchaba en calma, callada y

sentada en la sala de su amigo, con algo de prevención a pesar de conocerlo. *“Yo estaba bajo el mando de Tolemaida, que recibía órdenes de Jorge 40. Nosotros supimos tiempo después lo que había pasado con los agentes del CTI”*, continuó. Karina, esperanzada en recibir otra respuesta distinta a la que ya había escuchado, le preguntó sin rodeos: *¿Por qué los mataron?* Aníbal respondió: *“Al parecer todo fue un error de comunicación. A ellos no los debieron matar. Eso fue un error”*, enfatizó.

Según la versión de Aníbal –testimonio que nunca dio a los fiscales de Justicia y Paz por miedo a ser involucrado en un hecho sobre el cual solo escuchó una vez– a Los Siete les avisaron en su llegada a cercanías de la hacienda La Holanda que debían devolverse por donde llegaron o se atenderían a las consecuencias. En efecto, los agentes del CTI en un acto de valentía, y en cumplimiento de su deber, ignoraron la amenaza y continuaron con su trabajo. Cuando llegaron al lugar de la exhumación donde estaba el cuerpo de Alcides, el paletero desaparecido, fueron interceptados por el grupo al mando de alias ‘El Tigre’, quien robó sus pertenencias y los retuvo. John Jairo Esquivel llamó a su comandante, ‘Jorge 40’, en las horas siguientes al secuestro, pero no obtuvo respuesta; necesitaba saber qué hacer con ellos.

Así que ‘El Tigre’ optó por llamar a su máximo jefe, Carlos Castaño, y contarle la situación. En esa época eran de público conocimiento las decisiones impulsivas y violentas de Carlos Castaño, como cuando mandó a asesinar en 1999 al celebre humorista de sátira política, Jaime Garzón. En esta ocasión sucedió algo parecido. Castaño le habría dicho a Esquivel, según conoció Aníbal días después, que *“si no pararon con el llamado que le hicieron es que son colaboradores de los guerrillos, mátenlos”*. Una decisión que luego ‘Jorge 40’ rechazaría por completo porque consideraba un error. *“Si ‘Jorge 40’ hubiera contestado la llamada de ‘El Tigre’ su esposo y los otros agentes del CTI estarían vivos, porque Jorge consideraba a los agentes del Estado amigos de las autodefensas”*, le decía Aníbal a Karina.

Esa versión coincidía de cierta forma con la que dio ‘El Tigre’ al fiscal de Justicia y Paz; sin embargo, faltaba por saber dónde estaban los cadáveres. *“A ‘Jorge 40’, días después de la desaparición de los agentes del CTI, le avisan unos amigos del Ejército, que un comando especial había sido enviado desde Bogotá a buscar a los desaparecidos. ‘El Tigre’ se entera y decide que sus subalternos desmiembren los cadáveres y los entierren a las orillas del río Cesar”*, relata Aníbal, con algo de frialdad, mientras Karina continúa escuchándolo con un semblante de calma, como si ya nada pudiera sorprenderla. Aníbal asegura que fue ‘Jorge 40’ quien le ordenó a ‘El Tigre’ salir de la región inmediatamente y que su comandancia fuera asumida por alias ‘Tolemaida’. Y así se hizo. Tolemaida ordenó con urgencia la búsqueda de los restos en la ubicación descrita por los asesinos de Los Siete, pero nunca pudieron hallarlos. El rastro se había perdido de manera inexplicable.

Parecía como si hubiera pasado un día entero, pero en realidad solo fueron un par de horas de conversación. A eso de las 2:30 de la tarde, Karina se despidió de su amigo y de Aníbal, no sin antes agradecerle por haber tenido la intención de contar lo que sabía. En

esta ocasión, Karina no derramó una sola lagrima, tal vez la desesperanza la había consumido con el paso de los años y sentía que lo único que cerraría este triste capítulo de su vida, sería encontrar el cuerpo de su esposo para enterrarlo como se debe. La ausencia de Jaime ya era un suplicio para ella y su hija, pero la resiliencia se había convertido en su segundo apellido. La vida seguía y tenía una hija que dependía de la fortaleza de su madre. Una hija que le recordaba todos los días a Jaime.

### **La vida continúa**

Karina tuvo que declarar la muerte de su esposo, tres años después de su desaparición, para poder acceder a los seguros por fallecimiento y a la pensión de un salario mínimo que le otorgó el Estado por unos años y que luego fue reducida a la mitad. Sin embargo, esas ayudas fueron paliativos efímeros y las familias de los desaparecidos sufren un calvario, aún hoy, para que el Estado reconozca su responsabilidad en este hecho –por no haberles garantizado la protección que requerían Los Siete para acceder a la zona– y las indemnice. De todas maneras, nada les devolverá la vida a los padres y esposos de estas familias. Con valentía, y sin ninguna protección, cumplían con su trabajo en una de las “zonas rojas”, llamadas así por su alta peligrosidad y presencia de grupos armados. *“Ellos no dijeron toda la verdad. Y eso de Justicia y Reparación no lo cumplieron. No nos han reparado”*, dice Karina con resignación.

Lo último que se supo de este caso fue el 26 de marzo de 2016. El mismo CTI Seccional Valledupar y tropas adscritas al Batallón de Artillería Nº 2 capturaron a Luis Gregorio Quiroz, alias ‘Chimirre’, y a José Trinidad Andrade Racines, alias ‘Tiojo’, para que respondieran por la participación en el homicidio y la desaparición forzada de Los Siete. Con ellos, la judicialización de todos los participantes del crimen está completa. No obstante, los familiares concuerdan en que *“falta voluntad del Estado para encontrar los restos y que indemnicen a las víctimas”*.

Habían pasado dos años luego de que un amigo de Karina facilitó el encuentro con Aníbal; ese amigo es mi padre. Me encuentro con Andrea Barros, la hija de Karina, le pido que acepte una invitación para celebrar mi cumpleaños en la finca de mi papá. Le digo que lleve a Karina, pues entre más gente asista sería mejor. Una vez allí, y después de varias copas, me quedo hablando con Karina en el frente de la casa, ella se siente a gusto en la silla mecedora. Me felicita por mi cumpleaños y manifiesta, con voz entrecortada, extrañar a Jaime para este tipo de eventos porque a él le gustaba invitarla a bailar. Sobre el caso me cuenta que ha asistido a un par de diligencias de acusación en la Fiscalía, luego de que encarcelaran a alias ‘Chimirre’ y alias ‘Tiojo’. *“No han aportado nada a la investigación, todo sigue igual”*. Pasamos casi una hora hablando, con la compañía de Andrea, y finalmente me dice: *“Recordar este tema nos duele, por eso decidimos con Andrea hablar de ahora en adelante de los buenos recuerdos y dejar que la justicia haga su trabajo”*.

Un año después, el 25 de enero de 2017, casi a medianoche, en el frío penetrante de Bogotá, acompañó a Karina que, con su rostro lleno de lágrimas, se aferra con fuerza al cuerpo de Andrea. Siente que se va lo último que le queda en su vida, su gran amor. Pero esta vez es por una buena razón. La hija de Karina fue becada en Canadá y con gran esfuerzo lograron conseguir los recursos para su estancia en el exterior. Ambas saben que esa gran oportunidad la deben aprovechar, pues, para ellas, es una bendición que Jaime les manda desde el lugar en que se encuentre. Se dicen lo mucho que se aman y se despiden con la promesa de reencontrarse pronto. Al otro día, acompañó a Karina a tomar su vuelo a Valledupar porque debe llegar a trabajar, como lo hace sagradamente todos los días luego de que faltara Jaime, en la compra y venta de ganado. Hoy, Karina Saavedra sigue luchando por el bienestar de ella y su hija, ya reunidas en su casa de Valledupar, y guardando la esperanza de que algún día el misterio de la desaparición de Los Siete se esclarezca.

*En memoria de: Edilberto Linares Correa, Danilo Carrera Aguancha, Carlos Ibarra Bernal, Hugo Quintero Solano, Israel Roca Martínez, Mario Anillo Trocha y Jaime Barros Ovalle.*